

Abraham Valenzuela

Diferencias

LA fórmula de la verdadera honradez democrática no es dar al pueblo lo que él ha querido que se le ofrezca, sino lo que en realidad necesita. Es, tal vez, la teoría del dolor necesario, de que en cierto libro habló Renan.

• • •

El hombre, se ha repetido, es un animal de costumbres; podría agregarse que es un animal contagioso.

• • •

Se sabe que nos dominan las pasiones, los intereses inmediatos. Pero es tal la inconsciencia, la natural espontaneidad con que la gente sanciona con su consentimiento y su opinión todo lo que ha esperado como favorable, que llega a pensarse que no es ya la razón quien se ha rendido a las conveniencias, sino que estas mismas conveniencias son todo el principio de razón que cabe en la mayor parte de las cabezas.

He aquí, pues, cómo cobra un alto, independiente valor racional lo que vulgarmente se llama cinismo.

• • •

Es menester que los grandes hechos colectivos tengan un símbolo individual.

Aprenderíamos a tolerar muchos acontecimientos particulares que nos hieren como una injuria directa al concepto de equidad, si nos resolviéramos a mirar en ellos el aspecto lógico, pintoresco y hasta estético, que encierra su valor como símbolo.

• • •

Alguien ha hablado del caso de un médico que después de agudos diagnósticos, curó a cierto enfermo de un mal crónico del estómago, que no le permitía nutrirse, sino en forma frugalísima y harto irregular. Sano ya de su antigua dolencia, el paciente se vengó con creces de su larga sobriedad. Todo iba sin contratiempo, hasta que esta posibilidad de digestión normal le acarreó una repentina y fatal dolencia nefrítica. La curación del primer mal le restó, así, algunos años de vida.

En los sociólogos aplicados se da con mayor frecuencia este caso de las admirables recetas que curan un mal inmediato para que el organismo, engañado y contradicho, provoque en sí mismo un mal irremediable.

Los pescadores de los grandes celáceos, cuando clavan el arpón, sueltan y alargan la cuerda, para recogerla luego, en el momento fatal. En la Naturaleza, hay procesos semejantes a estas artimañas de los hombres de mar.

• • •

Fundamento de la moral: es necesario que la inmundicia sea repugnante; pero no es necesario que yo la encuentre agradable.

• • •

Autoridad divina, señorío, potestad popular, igualdad, justicia, solidaridad, ¿qué parte queda para estos conceptos arbitrarios, ante la necesidad de vivir en una forma o en otra?

• • •

El señor Goliadkin, dice Dostoievsky, perdió la cabeza porque se veía rodeado de enemigos; o inversamente. «Mis enemigos...», decía a cada momento el señor Goliadkin; y nunca se supo, ni él pudo decirlo, cuáles eran estos enemigos que amargaron sus días y disolvieron su conciencia.

En los hombres de doctrina hay siempre un señor Goliadkin. Se les oye divagar admirablemente, desenvolviendo sus teorías; si son hombres de buen gusto, suelen construir con ellas algunos monólogos apretados de sana lógica, armoniosos, conmovedores discursos.

Pero si un espíritu imprudente, dominado por un grosero materialismo, le coloca súbitamente cara a cara con la realidad, el hombre de doctrina verá desvanecerse el ritmo de su prodigiosa verdad y sentirá cómo se disuelve su armoniosa conciencia doctrinaria.

• • •

En los hombres de gobierno, la inteligencia es la facultad de descubrir, y la tontería, la facultad de inventar.

* * *

Presos en la enorme ratonera, siempre hay en nosotros un obscuro, un fatal movimiento que nos hace esperar la fórmula con que un día hemos de sorprender la realidad.

* * *

Después de todo, la única orientación decorosa es no tener ninguna.

* * *

La vida no tiene otra significación ideal, sino este afán nuestro de dársela; y tan débil, tan falso, tan intermitente.

* * *

Hace falta un engaño universal, un engaño conmovedor y violento; una mentira que se parezca tanto a la verdad como se parece al odio el delirio amoroso; un engaño de que ya no es capaz un mundo que ha mirado desvanecerse la sombra de los dioses.

* * *

El hombre que ha descubierto un mundo nuevo es siempre un hombre orgulloso; es decir, una entidad exagerada, destructora, imaginativa, violenta, despreciadora, locuaz y antisocial.

* * *

Cada nueva imagen de las cosas no puede ser sino un aspecto diverso de una realidad permanente; una proyección particular que se obtiene desde un punto de vista tan engañoso como otro cualquiera.

* * *

Lo que hoy llamamos las fuerzas sociales, ha de tener, sin duda, algún obscuro y razonable designio; pero no es lícito creer que hoy mismo comencemos a apartarnos de los saludables caminos del error, que son los que a menudo exploramos con una inclinación más íntima y permanente que la que acertamos a esperar.

Por fortuna, los ensayos de pedagogía aplicada que algunos

políticos henchidos de espíritu apostólico, quieren incorporar de vez en vez como elemento activo en las funciones de gobierno, no son sino antiguas novedades que la humanidad, fastidiada, se cansó de considerar hace algunos siglos. ¿Qué más, sino estas vueltas incansables, mientras el hombre cuente sólo con sus cinco sentidos y demás instrumentos que se le conocen?

Hoy la novedad parece ser el espíritu de corporación, de grupo, de gremio, para dar con la expresión técnica.

Boissier, que une al espíritu científico una firme capacidad de creación imaginativa, trae sobre estos hechos datos exactos y oportunos.

La vida política de los municipios bajo la dominación imperial, en Roma, se sujetaba a costumbres sorprendentemente análogas a las que padecemos en el siglo XX. Los ciudadanos, que recibían en sestercios el precio de un convencimiento político que hoy se paga en billetes del Estado, designaban sus gobernantes locales: diunviros, pretores, ediles y magistrados menores.

Algunas inscripciones nos enseñan qué fueron esos comicios populares: «En Pompeya, dice Boissier, todo el mundo tiene sus preferencias y las publica. Existe el candidato de los pasteleros, de los cocineros, de los hortelanos, de los traficantes en salazones, de los mozos de mulas, de los labradores, de los bañeros y, lo que es más sorprendente, de los jugadores de pelota y de los gladiadores».

Parecen no habernos precedido Robespierre y la Filosofía Positiva. La razón estará siempre de parte de la vieja de Siracusa, que defendía al tirano antiguo, temiendo que el nuevo sólo lograra ser más pernicioso.

* * *

Se necesita una particular contextura, cierta elevación y aprendizaje, para gustar el sabor de la verdad en sí mismo.

La gente desea que se la halague y que los demás se ocupen en sus pequeñas y falsas esperanzas; estará siempre, sobre todas las cosas, de parte de aquellos que, de buena o mala fe, le ofrezcan

la piedra filosofal, el agua de la juventud o la ecuación de la eterna alegría.

• • •

«Las pasiones, dice La Rochefoucauld, engendran muchas veces sus contrarias. La avaricia produce en ocasiones la prodigalidad, y la prodigalidad, la avaricia; con frecuencia somos firmes por debilidad y atrevidos por timidez». He aquí un claro ejemplo del criterio psicológico de los antiguos.

Esto es abstracción, abstracción pura. Sin duda, este hombre terco y amargo observó mucho; miró a los hombres serena y fríamente, sin prejuicio alguno aparente, sin resentimiento ni despecho particular. Pero llevaba, antes del juicio que buscaba formarse, cavidad en que cobraban sentido y humana realidad sus impresiones, cierto criterio general que no le permitía ver sino lo que fundamentalmente estaba ya en la raíz de su visión.

Y así para todos. Cualquiera verdad que se propusieran honradamente descubrir iba condicionada, limitada, conducida por esta hipótesis: en el hombre se *dan* las pasiones a, b, c, o sus contrarias, y sus matices y relaciones. Es decir, van siempre de lo generalizado a la investigación del individuo concreto, sólo en cuanto su existencia es vida de relación.

• • •

Toda verdad no es sino una hipótesis; es decir, una concordancia lógica de los fenómenos que concebimos como organizados particularmente.

• • •

La belleza literaria de la frase es, generalmente, algo independiente del sujeto, un elemento autónomo que se ha dado sus propias leyes; llega a concebirse como algo que ha dejado de ser una forma de expresión.

Los discursos de Jerónimo Coignard no son una manera de expresarse necesaria de un hombre. En Anatole France se advierte muchas veces que la frase está hecha para la oposición de dos adjetivos.

• • •

La función fundamental de la inteligencia es la satisfacción de sus propias necesidades.

Sólo es verdadera sabiduría lo que el espíritu obtuvo por necesidad de su naturaleza. El contenido individual, el verdadero sentido de la verdad, está en el esfuerzo de creación con que fué lograda.

Lo demás es sólo palabra muerta. Lo que palpita en la verdad es el ansia con que se la ha buscado. Una posada deja de serlo si no la hallamos al término de un camino.

Santo Tomás ha dicho algo así como esto: «enseñar es infundir en el ánimo de otro el conocimiento, mediante el ejercicio de su propia razón».

• • •

Es difícil destruir el error que nos hace ver continuamente una virtud de inteligencia en lo que no es sino la posesión y la práctica de un sistema particular de lenguaje.

• • •

La curiosidad es, en realidad, un elemento primordial del organismo vivo; es como un medio fundamental para el dominio de la futuras potencias prácticas. Jugando, el niño descubre y afianza el poder de sus facultades; jugando, inventa y crea su universo.

Los trabajos de los astrónomos, las más veces, no están coordinados por un fin científico general. La mayor parte de sus descubrimientos son datos aislados, producto de la curio-

sidad. Su enlace condujo después a esas admirables leyes cosmológicas en cuya comprensión se expande tan agradablemente la inteligencia.

La teoría de los meteoritos hacía indispensable la observación de estos astros menores en la parte normal de su órbita, aquella que está más allá de las capas superiores de la atmósfera, donde se hacen visibles las luminosas lágrimas celestes.

Hace años, un sabio «descubrió» algunos de estos astros en su zona de obscuridad. Los vió moverse como una pequeña mancha negra sobre el fondo luminoso del sol y de la luna, observados a través del telescopio. Llegó a calcularse la velocidad de su movimiento, la forma y dirección de sus órbitas innumerables.

Poco después, otro astrónomo vió que el enjambre de meteoritos oscuros aumentaba prodigiosamente golpeando el aparato de observación. Se supo entonces que los pequeños astros perseguidos a enorme distancia no eran sino corpúsculos materiales, partículas de polvo que, desprendiéndose de la capa interior del antejo, cruzaban el campo de observación y proyectaban su pequeña imagen negra sobre la imagen del sol y de la luna obtenida a través del ocular.

¿Cuántos meteoritos oscuros se habrán deslizado siempre en el campo de nuestras teorías, de nuestros procedimientos morales, de nuestros juicios prácticos?

Conviene que, de tarde en tarde, un hombre prudente golpee suavemente en nuestros sistemas de observación y vuelva a su verdadera, mínima realidad, tantos astros como pueblan nuestra orgullosa ideología, reduciéndolos a sus proyecciones de pequeñísimas partículas impertinentes y engañosas.

• • •

Schopenhauer, que no amó nunca en exceso a los profesores de filosofía, explicó alguna vez el deísmo de estos nobles y excelentes varones, previendo la siguiente reflexión: es necesario que

Dios exista y, por tanto, que nosotros establezcamos las pruebas de su existencia, porque es Dios quien asegura el poder a los ministros del Estado, y éstos, quienes proveen las cátedras que nosotros servimos.

Esta opinión de Schopenhauer nos crea un nuevo margen de duda. Si un ministro del rey de Prusia, inteligente o despreocupado, hubiera incurrido en el acierto de llamar al filósofo de *Parerga und Paralipomena* a una cátedra universitaria, ¿no es posible que se hubiera desvanecido en parte el mal humor casi metafísico del más serio de los budistas occidentales? Y en este caso, no es raro que la dirección esencial de su pensamiento sufriera correcciones y desviaciones de tal naturaleza, que aún no viéramos sentarse como teoría esencial de algún sistema filosófico la posición absoluta de la voluntad schopenhaueriana.

Quién sabe cuáles caminos pudo tomar el pensamiento filosófico en aquel instante en que un hipotético hombre de estado tuvo en su mano dar una pequeña y saludable satisfacción a un filósofo malhumorado. Pero no puede hablarse de la posibilidad de los contrarios. Es absurdo.

* * *

El error es el único elemento que la razón puede agregar a la economía general de la realidad.

* * *

Es curioso que algunos filósofos sistematizadores que conceden al asentimiento universal el valor de fundamento de la razón como principio absoluto de conocimiento, rechacen en seguida lo que llaman «preocupaciones vulgares» contra los principios deducidos de las máximas de sentido común.

No nos queda sino pensar que la filosofía es un lenguaje por lo menos tan inconsecuente y tan absurdo como el que satisface nuestras preocupaciones vulgares.

• • •

Nada más insoportable que una conversación entre hombre y mujer en que se haya eliminado todo equívoco.

La vida: en el orden práctico, simple, tranquila, disgregada; en el arte, extraordinaria y violenta.

• • •

En la categoría del número, renovación significa siempre para la literatura incorporación de un lenguaje nuevo, a menudo traducido o copiado de las ediciones comerciales de divulgación. Dos o tres conceptos generales, ciertas pintorescas incorrecciones del estilo, insistencia acerca de novedades del léxico y, ante todo, la tontería incomprensiva erigida a la categoría de escuela de crítica.

Después viene el ejército de los hermanos menores, cuya labor de renovación consiste en remedar despiadadamente, con fe de adolescentes viciosos, esos dos o tres conceptos, esas maneras, esas incorrecciones y aquella nueva forma de la tontería épica.

Y todo, para caer en los compases de baile de la moda y en la trama de esa ley fatal que enunciara el novelista normando: el mal gusto no es sino lo que fué el buen gusto para la generación precedente.

* * *

Entre todas las formas de la tontería, es preferible la antigua a la nueva. Es menos presuntuosa, y en fuerza del desgaste, sirve a lo menos para probar el ingenio con el ensayo de algunas pequeñas, agradables novedades,

* * *

Apesar de todo lo que se diga, vivimos en una edad privilegiada.

Pasaron los años del ingenio, los del talento, de la inteligencia y el buen gusto. Hoy somos sólo los contemporáneos del genio.

• • •

¿Qué vale el descubrimiento de una nueva verdad, ante la facilidad que tiene cierta gente para entregarla como producto propio cuando la industria de los impresores la convierte en un valor de cambio?

• • •

En una novela, suelen darse generalmente dos realidades opuestas: lo que los personajes son verdaderamente (a pesar del autor), y lo que el autor quiere que sean.

Por eso resulta a veces insoportable que se nos explique demasiado qué clase de gente es la que hallamos en un libro. Baroja repite con excesiva frecuencia que Aviraneta es un hombre de acción. Stendhal no divaga sobre el carácter de sus hombres; es más modesto: le basta hacerlos vivir (los que hablan de las «digresiones psicológicas» de Stendhal no han leído la admirable historia apasionada y ágil de la Sanseverina).

• • •

En esas nuevas y claras mañanas en que dominamos la vida, parece que echáramos de menos algún oficio olvidado; es que el antiguo dolor nos espera.

• • •

Hay rostros sin lágrimas. La mirada no los penetra, y hasta en los ojos—exteriores, fríos, acerados—parece precisarse la certeza necesaria del silogismo.

• • •

André Gide es, tal vez, entre los artistas franceses contemporáneos, el que ha logrado mayor intensidad y diversidad en aspectos morales y estéticos.

Sin embargo, su lenguaje reproduce siempre idénticas virtudes de diafanidad y penetración: el dios sujeto a las leyes del barro con que construye la línea maravillosa.

• • •

La filosofía ha perseguido con ardor lamentable la ley moral cierta que ha de guiar la vida inteligente.

Y, sin embargo, el desconocimiento de esa ley es lo único que permite la vida moral del hombre. Toda norma comienza y termina en el confuso movimiento interior que nos conduce al remordimiento. La realidad de la vida moral está en el esfuerzo, y no en su resultado.

Esta tenaz inquietud de inquirir los caminos verdaderos se desvanecería el día que una inteligencia inarmónica lograra exhibirnos la norma rigurosa y natural de las conciencias.

Nadie comprendería una ética de la caída de los cuerpos. Los fenómenos del equilibrio de la materia no son buenos ni malos; en posesión de una moral cierta, los fenómenos del equilibrio de las conciencias no serían tampoco buenos ni malos.

Durante muchos siglos, vieron girar los astros sobre sus cráneos rudimentarios. Sabemos que estaban en un error. ¿No sería posible, entonces, que las leyes señaladas al movimiento de los espíritus impulsen a éstos en un sentido extraño, siempre incomprensible para nosotros?

Los esfuerzos de la filosofía moral han sido infecundos y despiadados. Fijar las leyes de la ética valdría eliminar la moral de la tierra. Sería lamentable. Veríamos desvanecerse muchos nobles ensueños: la virtud, la pasión, el sacrificio; todo lo que es la compensación de nuestra ignorancia.

• • •

Cuando se piensa en el valor de ciertos espíritus soberanos que dominaron en extensión y profundidad el mundo de la sensibilidad y la inteligencia, nos domina la tentación de creer que entre estos hombres superiores y el hombre vulgar, hay una diferencia sustancial más grande que la que separa a este último del orangután.

Es un consuelo para los momentos en que nos sentimos aplastados por el convencimiento de que el animal vertical no está sujeto a ningún destino ideal. Y no obstante, esas inteligencias depuradas sólo lograron el punto máximo de su eficacia cuando horadaron hasta sus raíces toda posibilidad de certidumbre.

Aun cuando creyéramos verlos en el camino que conduce a los sagrados misterios, el paso de los iniciados es tan lento, que necesitamos pasar de una civilización a otra, del Egipto a Grecia, para que una verdad matemática sorprendida por intuición inmediata, cobre fundamento racional en el cerebro de Pitágoras.

Todo período creador viene seguido de una era de crítica total; y no puede creerse que la energía de que vive esta porción del Universo deba esperar que la inteligencia del hombre logre descubrir qué cosa sea la verdad.

• • •

Veo frente a mí una mujer empeñada en los trabajos domésticos. Trabajar es para ella una fatal angustia. Tal vez en su espíritu alimenta un escondido rencor hacia los amos por quienes sufre los diarios afanes y que le dan, en pago, el pan miserable y amargo de la servidumbre.

Nuestra cultura, envejecida en su impotencia gloriosa, no logra evitar un dolor ni salvar una conciencia. Exhibe el rostro de esa mujer el estigma de la fealdad que imprime, como un sello,

el dolor cotidiano y vulgar. Su cuerpo carece de gracia, que es virtud del movimiento libre de sollicitaciones prácticas, que sólo se desenvuelve en el ritmo de su propia armonía.

Su existencia es más trágica que los versos de Esquilo, porque es inexplicable. Hace dos mil años, sufría como ella Euriclea, la esclava, que Ulises compró al precio de veinte bueyes y recordó Homero en versos armoniosos y rudos. Infeliz mujer que no mira más allá del duro trabajo de sus manos, que no comprende aún su propio dolor: ella es verdaderamente el símbolo de la humanidad. *Para los hombres se hicieron*, decía el españolísimo Pedro Crespo.

* * *

No es liviano oficio creer que en el principio de los tiempos, cuando la idea de nuestro Universo, de la humanidad y de sus miserias se hizo en la mente de Dios, el pensamiento divino viera ser necesario como causa eficiente de nuestra vida, que el planeta quedara girando con una leve y torpe inclinación de su eje sobre el plano de su órbita.

No es posible creer que la mente creadora haya venido por caminos tan oblicuos a mostrar las formas de la sabiduría infinita a nuestras cabezas incapaces de comprenderla.

Porque, en verdad, bastaría que el planeta quedara en actitud geométrica más simple para que toda la vida que en él ha brotado como una enfermedad innecesaria y absurda, hubiera adquirido formas para nosotros incomprensibles, o, acaso, para que no hubiera aparecido jamás, lo cual no habría ofrecido serias complicaciones teológicas.

Es más sencillo concebir que el mundo no ha sido formado por la verdad ni por el error, para el bien ni para el mal; que la única razón suficiente de su existencia es una fuerza más obscura y universal: el azar.

* * *

Extraña cosa es que el hombre haya logrado precisar los

rigores de la lógica sobre la condición desmadejada de su vida interior. Detrás de la agudeza del deseo, el hastío del ensueño logrado y desvanecido; el desdén nos exaspera, y nos fastidian la sonrisa segura y la perspectiva cierta; simultáneamente alimentamos dos verdades superpuestas y contrarias; amor, cariño, odio, simpatía: definiciones impotentes con que queremos detener el momento inaprehensible en la permanente disgregación de la vida.

¿Cómo llevar a fórmula nuestra verdad más íntima, si los sentimientos más violentos llevan ya envueltos el pecado original del fastidio que ha de ahogarlos un día?

La letra mata...; sólo el arte se salva en su lenguaje obscuro, que nos envuelve y oculta a nuestras propias miradas.